

¿Qué extraño poder emana de la simple fotografía que muestra al hombre muerto yaciendo en el suelo, con dos balazos partiéndole el cráneo —o lo que éste fue otrora—, que obliga al transeúnte a detener su marcha frente al puesto de revistas y periódicos? ¿Es acaso el morbo una entidad aterradora y deshumanizante que gusta de lo sanguinolento en exceso para arrancar una mínima reacción ante el dolor ajeno? En estos tiempos de medios electrónicos de comunicación, de información fugaz, de computadoras y realidad virtual, pocas cosas parecen causar un verdadero impacto, y escasas más, la compasión de la sociedad entera. La palabra es el medio eficaz, según advertimos de (re)crear hechos y situaciones sangrientas y aterradoras, y la nota roja es, en este sentido, su más acabada expresión como género periodístico.

Pero ¿cuál es la relación o el hecho que ha marcado su permanencia en nuestra sociedad? Tal vez podría ser la afición o familiaridad con la muerte innata en el mexicano; sin embargo, no es la violencia propia la que molesta al ser humano, sino la ajena, que consterna y aterra al observador.

Carlos Monsiváis, en su más reciente libro, *Los mil y un velorios*, realiza una aproximación —somera, pero ilustradora— al fenómeno que crea y justifica la perdurabilidad en México de la nota roja desde el siglo

Y mi llanto se hizo agua como la sangre. Y cuando oía allá lejano el llanto de mi madre, mi sangre se hizo como el agua.

Juan Rulfo

XVIII hasta nuestros días. Recuento de asesinos, víctimas, investigadores, cosas, casos, cronistas y fenómenos sociales es *Los mil y un velorios*. Recuento de los daños y perjuicios.

Monsiváis hoy en día es una de las figuras literarias más importantes de nuestra literatura mexicana, y sus libros —de sobra conocidos— hablan del sitio que ocupa en nuestras letras. A manera de recordatorio diremos que este autor nació en la ciudad de México en 1938. Es cronista por excelencia, aunque también cultiva el ensayo. Autor de *Días de guardar*, *Amor Perdido*, *A ustedes les consta*, *Escenas de pudor y liviandad* y *Lo fugitivo permanece*, colabora en programas de Radio UNAM, y en las revistas *Proceso*, *Nexos*, y en el periódico *La Jornada*. Entre los reconocimientos que ha recibido, el Premio Nacional de Periodismo destaca primordialmente.

El texto que nos ocupa, *Los mil y un velorios*, se nos pondera como un texto de análisis y crítica que ya parecía presagiado en el prólogo de *Fuera de la ley (Crónicas de la nota roja)* (Cal y Arena, 1992), y que se nos antoja como un epílogo que remarca la continuidad de este género periodístico tan próximo al cuento de terror y a la novela realista.

En *Los mil y un velorios* las posibilidades de interpretación y sentido que se desprenden de la crónica de

nota roja resultan ser las líneas temáticas de este libro. De esta manera es que no nos parece extraña la diversidad de temas, autores e historias relatadas, que se circunscriben solamente a los relatos aparecidos en los periódicos capitalinos, dejando al margen a los de la provincia. Monsiváis justifica su omisión en en argumento de revisar un *mare magnum* de ejemplos y ejemplares que bien podrían ser, en muchos casos, variaciones sobre un mismo tema, pero matizados singularmente.

El autor corre el riesgo y nos presenta un recuento de autores, criminales, casos, víctimas y medios para relatar los hechos, al tiempo que va caracterizando cada tema desarrollado, de tal forma que la lectura de los nueve capítulos de que está compuesto el libro resulta ligera y didáctica en alto grado.

Así, la nota roja se nos muestra como el escenario en donde víctimas y victimarios deben sorprender al lector tanto por la forma en como son ultimados como por la manera en que es maquilado el crimen, a la vez que los motivos y las pasiones se enuncian, llevando al asesino a ser figura pública (in)voluntaria, y a parecer monstruo y no ser humano.

Es en este género periodístico donde Monsiváis analiza una vía alternativa de la historia del crimen y el castigo en México, en donde lo trágico se cubre por un velo de circunstancias que convierte a sus víctimas en héroes o mártires, según se quiera ver, por el hecho de haber estado en el lugar (im)preciso, en el momento (in)correcto.

Los asesinos famosos, como el "Goyo" Cárdenas o el negro Durazo;

los reporteros e investigadores, a la manera de Alfonso Quiroz Cuarón o Fabián Ruiz; los espacios en donde se corrigen y pagan ante la sociedad los errores: El Palacio negro de Lecumberri o Almoloya de Juárez; los cronistas de la pluma y la lente que rescatan la anécdota y la plasman, unos en el papel, y otros en los 24 cuadros por segundo, al estilo de José Emilio Pacheco, Vicente Leñero, Sergio Magaña, Dana Rothberg, Felipe Cazals o los hermanos Almada; las canciones que registran e inmortalizan el suceso, en el tono de una María Conesa y "La banda del carro rojo" o de unos Tigres del Norte y sus "pacas de a kilo"; jueces corruptos, narcotraficantes y narcosatánicos, revistas amarillistas, libros acerca de la nota roja o sus protagonistas se exhiben como en pasarela, y se conjuntan conformando un árbol genealógico que alberga a polos opuestos de una misma naturaleza como es la del morbo, la violencia doméstica y el asesinato, que no incomoda por ser cotidiana y común.

De esta manera, la nota roja se postula como una escala de valores para las publicaciones sensacionalistas que comparan a un asesino y a otro, inventariando y sopesando las causas que los hacen cometer el crimen, y ser superiores entre ellos, hasta el punto de considerarlos artistas o dioses, según la cantidad de sangre que hagan los victimarios correr. Y todo ello, tan sólo como una extensión del ideal de Thomas de Quincey, expresado en su texto *Del asesinato considerado como una de las Bellas Artes* (1827), en donde la cultura de la sangre y más sangre domina en un mundo deshumanizado y caduco en

sus valores esenciales, como es el respeto por la vida ajena.

La estética predominante en la nota roja, de cualquier época y período histórico de México, está fincada en una violencia que a veces limitada, otras más exagerada, alimenta a un público que busca llenar su vacío por lo novedoso y atractivo.

Finalmente, tras el recuento de anécdotas y protagonistas, así como de ensalzadores y ambientadores, Monsiváis concluye sus [...] *mil y un velorios** reflexionando acerca de lo trivial que resulta comentar, en un futuro, los actos que consigna la nota roja. Ella será referida a manera de relato fortuito y maravilloso ante esta sociedad tan ajena al dolor humano.

* Carlos Monsiváis. *Los mil y un velorios (Crónica de la nota roja)*, Colección Alianza Cien, Alianza Editorial y Dirección General de publicaciones del CNCA, México, 1994, 96 p.

Sin embargo, ¿en ese futuro, hoy en día, no cumplirá esa función la televisión, la cual en vivo y a todo color captura la agonía de un hombre? Monsiváis, al redactar su libro antes de los magnicidios de Colosio y Ruiz Massieu, lejos estaba de imaginar el gran impacto que la nota roja alcanzaría como noticia de primera plana en todos los periódicos del país.

La estética no cambia, sólo evoluciona un poco y nos hace cómplices en este rito renovado. El recuento de los daños queda suspendido por el momento, hasta que haya más sangre que derramar.

Juan Javier Mora R.